



**Mientras ella sea clara**

**Autor: Carlos Villar Flor**

**Editorial: Valnera**

**Lugar y año: Villanueva de  
Villaescusa, Cantabria, 2011**

**Páginas: 374**

**TIEMPO DE DUDAS**

Esta novela, que ve la luz con la cuidada edición que caracteriza a Valnera Literaria, ya en su título hace una declaración de intenciones: amenizarnos unas cuantas tardes de lectura con un buen enredo; los síntomas en los que leemos esta voluntad son un doble juego de palabras, calambur y dilogía. Empecemos por explicar esto.

Clara es el nombre de la protagonista. Una joven

santanderina de veintimuchos “añucos”. Es hija de un excéntrico existencialista, don Aquiles, que se fue a Inglaterra buscando la soledad en los páramos del individualismo inglés y halló al amor de su vida. Fruto de este encuentro, nace nuestra heroína, que se queda huérfana de madre en el parto. Dada esta situación, su padre decide volver a Santander donde Clara crece y, después, se enamora. A lo largo de la novela, distintos personajes (incluida ella misma) nos la van caracterizando: es un atractivo y femenino vendaval de emociones.

Ahora bien, precisamente por esto, carece de la virtud de la claridad: *no es clara*. Aquí tenemos la dilogía: la “clara” del título puede interpretarse de dos formas distintas: puede hacer referencia tanto a la protagonista como a la nitidez en la búsqueda de objetivos vitales (en nuestro caso, la falta de ella). En consecuencia, debe *aclararse*. Por lo tanto, si reagrupamos las sílabas del título, nos encontramos con un tercer sentido distinto de los anteriores: ella está en proceso de «aclaración». Este calambur es el que nos da la esencia de la trama de la novela: discurre *mientras ella se aclara*, es decir, mientras se desenreda su confusión vital.

Borges nos dice que prefiere las historias

detectivescas antes que las psicológicas: prefiere el intento racional de construir un orden de las primeras al desorden que define las segundas. Me gustaría matizar: si la investigación implica la explicación lógica de los acontecimientos, también supone un estado inicial de caos, o al menos, de ignorancia; al fin el al cabo, sólo se repara lo que debe repararse. Sin ser ésta una novela psicológica, sí es una novela escrita desde la subjetividad confusa y confundiente de Clara: lo que atrapa al lector a lo largo de casi trescientas páginas, las que el autor necesita para sentar las bases del embrollo y desarrollarlo, es la búsqueda, a lo largo de los dos años que dura la historia, de una salida para este laberinto: del caos al orden; de la ignorancia, al conocimiento.

Como ya dijimos, ésta no es una novela sobre los entresijos psicológicos de Clara y mucho menos una *bildungsroman*: su historia no es la de la construcción de un carácter, sino la de un lío en la que un personaje ya hecho se nos mete y del que, después, intenta salir. Tampoco el lector de esta reseña debe pensar que Clara es simplemente un nombre y nada más, ella y Míchum, las figuras principales, son caracterizadas con trazo firme y penetrante en la primera

de las cuatro partes en las que está dividida esta obra. En este sentido, hay que decir que una de las características de la forma de contar de nuestro autor, y que ya se apreció en su anterior obra, *Calle Menor*, es la habilidad para articular la historia en torno a unos personajes bien perfilados; de hecho, éste es uno de los placeres con los que el lector puede disfrutar en estas dos novelas.

¿Cuál es este lío del que hablamos? En unos meses, entre 2002 y 2003, Clara adquiere, al mismo tiempo, tres compromisos de matrimonio con tres pretendientes muy distintos entre sí: Míchum, el novio de toda la vida, católico, pobre y formal; Mario Martello, el profesional cincuentón, “hombre-de-mundo” que se las sabe todas y que ofrece posición y seguridad; Pelayo, becario en una universidad madrileña, arqueólogo, ligón y aventurero. ¿Con cuál se casará Clara? Cada uno le promete cosas distintas al otro, emociones y futuros diferentes; cada uno, como ella misma nos dice, representa una parte distinta de lo que ella es y de lo que le gustaría ser, de lo que vive y de lo que le gustaría vivir. Al fin y al cabo, sólo nos seduce aquello que queremos que nos seduzca porque, de alguna manera, ya lo llevamos dentro. Éste es el enredo para el que debe encontrar una salida.

Durante muchas páginas, la parte central de la novela, Clara nos cuenta cómo intenta compaginar a sus amantes, barajarlos por las distintas calles y ambientes de Santander (incluso de España) para que no le salgan todos los triunfos en la misma mano: en este caso, un trío no es aconsejable. Es el momento para que el lector disfrute con las idas y venidas de nuestra protagonista, los triples saltos mortales que deberá dar para no caer a un abismo sin red ante el que su propia improvisación la ha situado. El autor escribe estos pasajes con una técnica narrativa fluida al tiempo que precisa, salteada con situaciones llenas de desternillante humor. Una de las virtudes de esta obra es que, en la fase del nudo, el novelista consigue que el desenfreno de Clara no nos genere rechazo; su insensatez nos resulta divertida más que inmadura; inocente, más que infantil; disculpable, más que reprochable; en definitiva, entendemos qué es lo que atrae a sus pretendientes porque nosotros también lo disfrutamos.

Así las cosas, debemos considerar un acierto el hecho de que los narradores de la historia sean los dos personajes principales y, que al hacerlo, hagan saltos atrás en el tiempo yendo más allá del límite de la historia que nos narran

para contarnos datos de sus vidas anteriores al embrollo en sí. ¿Por qué? Porque, como ya dijimos, el laberinto del que Clara debe salir es, principalmente, el de su maraña vital. La subjetivización de la historia, que implica que sea contada por sus protagonistas, ayuda a que el lector tenga la sensación de que se narra desde el interior del galimatías y vea las informaciones que se le dosifican tiznadas por la confusión en la que viven los personajes: la de Clara es la suya propia, la de Míchum es la que le genera Clara. En este sentido, es de destacar también que el autor haya sido capaz de plasmar un idiolecto para cada uno de los personajes-narradores. No serán demasiado alejados entre sí, no pueden serlo, ambos están en constante contacto y pertenecen al mismo sector social. En consecuencia, estas “formas de hablar” al tiempo que les caracterizan como individuos, les afilian socialmente. Por otro lado, lo que los narradores nos cuentan de sus pasados nos ayuda a entender su subjetivo punto de vista, su postura ante lo que ocurre dentro del laberinto.

¿Desde qué perspectiva narran estos personajes? No sería acertado decir que Clara representa una postura vital quijotesca y Míchum, una sanchopancesca,

más bien al contrario, en Clara vemos la articulación de la falta de lo que Unamuno llamó “ideas madre” propia de una sociedad consumista que sólo ofrece un sentido a la vida de los ciudadanos: “compra lo que no necesitas con el dinero que no tienes”. Con esto no quiero decirle al lector que se va a encontrar con un personaje poseído por una fiebre consumista. Lo único que Clara consume en exceso son pretendientes y compromisos de boda. Sin embargo, su confusión nos resulta paradigmática de cierta ideología materialista y narcisista, propia de una época y una cultura sin sentido alguno de transcendencia. Míchum es todo lo contrario. Él sí tiene las ideas claras; de ahí buena parte de sus desencuentros con su novia. Se considera católico y aspira a justificar su vida en Cristo; de ahí buena parte de las insatisfacciones de Clara.

Se ha dicho que la novela es el género moderno por antonomasia o, al menos, que la modernidad occidental, burguesa e individualista es el humus imprescindible para que germine tan delicado fruto. En este sentido, el laberinto subjetivo que nos plantea nuestro autor, y que estamos reseñando, se corresponde con esta definición: sus encrucijadas son las de unos personajes

que tienen libertad para elegir y que deben disfrutar o penar las consecuencias de sus elecciones; lo que Clara y Míchum nos narran es cómo la corriente de la vida les coloca ante la obligación de decidir y cómo estas decisiones tienen efectos no sólo diegéticos sino ontológicos; la materia prima de los corredores de este laberinto son las distintas perspectivas desde las que se elige y se narra.

El telón de fondo característico de este género es la vida urbana y nuestra novela resulta paradigmática: se nos va describiendo la geografía santanderina como espacio físico donde discurre el tiempo que los personajes necesitan para tejer el laberinto de sus encuentros y desencuentros; Santander es el paisaje urbano en el que distintos personajes con distintos puntos de vista e intereses confluyen, chocan y entretienen sus vidas. Antes hablamos de las perspectivas que representan Clara y Míchum, otras aparecerán, varias; las más importantes son las que representan los otros dos prometidos: la del nuevo rico, que es la de Mario Martello; la del progre idealista, intolerante y superficial que es Pelayo. En definitiva, la ciudad, como en cualquier novela moderna digna de ese nombre, se representa como el paisaje de distintos paisajes.

Ahora bien, una novela de enredo debe tener un desenlace: se necesita una resolución y las incógnitas deben despejarse: de no saber, debemos pasar a saber. ¿Con quién se casará Clarita? ¿A quién elegirá? La trama llega a su punto álgido en los dramáticos días que van del 11 al 15 de marzo de 2004. Aquí hay que hacer un alto en el camino para destacar la habilidad del autor para plasmar la angustia de una víctima de terrorismo: la escena del reconocimiento de un cadáver en IFEMA es de lo mejor de esta novela. Cabe señalar que el mérito es mayor si tenemos en cuenta el cambio de registro que supone que, de repente, en medio de una novela divertida y básicamente optimista, nos encontramos este cuadro luctuoso que no desentona y que nos conmueve y después, casi sin territorios intermedios, volvemos al humor y al enredo sin que nada chirríe. También hay que señalar que, una vez dejados atrás estos días, uno de los personajes del trasfondo, tomará protagonismo, ocupará el primer plano de la novela, en la función de ayudante necesario para que los protagonistas puedan atar los múltiples cabos que el autor ha ido dejando aquí y allá y lleguemos al desenlace final.

Regresemos a la incardinación de la intrahistoria

de nuestro relato en la historia de nuestro país. Nos recuerda a *Fortunata y Jacinta*. Mientras que Juanito Santa Cruz se debate entre dos amores, dos destinos, dos perspectivas, dos formas de ver la vida en los años de agitación revolucionaria que van de la salida de Isabel II hasta el reinado de Alfonso XII, Clara se debate entre tres en los años del *Prestige*, el chapapote, la guerra de Irak, la mayor masacre terrorista de Europa, el cerco a las sedes del PP durante la jornada de reflexión del 13 de marzo y el vuelco electoral. Si el crítico norteamericano Fredic Jameson encuentra una alegoría implícita en la narración galdosiana sobre la histórica de nuestra nación, ¿podemos ver nosotros alguna en *Mientras ella sea clara*? Como Clara, cada uno de los lectores deberá hacer su propia interpretación y, como Clara, resolver el enredo; necesitamos «aclararnos».

**Gonzalo Martínez Camino**